

EL CENTENARIO DE DON RAFAEL LAPESA: UN RECUERDO DOLORIDO POR SU AUSENCIA

JOSÉ JESÚS DE BUSTOS TOVAR

Universidad Complutense de Madrid

Recientemente se ha celebrado el centenario del nacimiento en Valencia de don Rafael Lapesa Melgar, catedrático de Historia de la Lengua Española en la Universidad Complutense y maestro de decenas de filólogos españoles y extranjeros. Con estas breves páginas pretendo rendirle no sólo el homenaje de admiración y cariño que le debemos cuantos tuvimos el privilegio de recibir sus enseñanzas, sino resaltar también su figura en el marco de la difícil época en que le tocó vivir.

Cuando él tenía siete años, su familia se trasladó a Madrid. Por eso, como él mismo nos dijo en su discurso de investidura como doctor *honoris causa* de la Universidad de Valencia, sus recuerdos de la ciudad natal son los de la infancia, con las nebulosas que el tiempo pone siempre al rememorar este período de la vida del hombre, pero con la luz mediterránea medida en su corazón. En Madrid, se formó como hombre y como intelectual. No fueron fáciles sus años juveniles. Para seguir sus estudios hubo de trabajar como oficinista, lo que no impidió que destacara en seguida entre sus condiscípulos por su clara inteligencia y su entusiasmo por el estudio de la lengua y de la literatura españolas. Discípulo de Américo Castro en la Universidad Central, éste advirtió en breve tiempo su firme vocación y lo llevó al Centro de Estudios Históricos, con don Ramón Menéndez Pidal, acontecimiento que marcaría para siempre su formación intelectual.

Los años que precedieron a la contienda civil fueron muy intensos para Lapesa. Ganó la cátedra de Instituto y a esta labor se aplicó con entusiasmo, pero ello no le impidió colaborar con Menéndez Pidal, tanto en las labores sobre el Romancero hispánico que don Ramón había planificado, como en la redacción de sus primeros trabajos de investigación (estudio sobre

el Padre Rivadeneyra, estudio preliminar del Fuero de Madrid, redacción de su tesis doctoral sobre el Fuero de Avilés, iniciación del glosario del español primitivo, etc.). En ocasiones, fue tanto el agobio de trabajo que se sintió en la necesidad de justificarse ante don Ramón, quien, como es bien sabido, no tenía demasiadas contemplaciones a la hora de exigir el cumplimiento de los programas de trabajo que él mismo se marcaba. En una carta de 1935 al maestro renuncia al magro estipendio que percibía del Centro de Estudios Históricos porque no puede elaborar con la celeridad que se le exigía el glosario del español primitivo y solicita de Menéndez Pidal, con lealtad pero también con digna firmeza, comprensión para sus largas horas de trabajo, entre las que ocupaban un lugar importante sus obligaciones como catedrático de Instituto. Desde su juventud, Lapesa fue ante todo un profesor que se debía a sus alumnos y esto lo aplicó con igual devoción a su trabajo en la enseñanza secundaria como, después, a su labor universitaria. Como indicaré más adelante, Lapesa consideró que la enseñanza secundaria era el pilar

de la educación en España y pensó siempre que era un disparate la idea, que desgraciadamente habría de triunfar muchos años después en nuestro país, de poner barreras insalvables entre las enseñanzas universitarias y las no universitarias. Por eso recomendaba a sus discípulos, entre ellos a mí mismo, oponer a cátedras de Instituto. Muchos son sus discípulos, catedráticos de Universidad ac-

tualmente, que previamente estuvieron trabajando en los Institutos, experiencia profesional y humana impagable, que enriqueció intelectualmente a muchos de nosotros. Bien sabemos que hoy la situación es bien distinta: malo para la Universidad, malo para la enseñanza secundaria y peor para nuestra sociedad.

En los años previos a la guerra civil, en aquella Facultad de Filosofía y Letras, espléndida por sus maestros y por la dirección del decano García Morante, Lapesa hizo sus primeras armas como profesor universitario, en calidad de ayudante de la cátedra de



Rafael Lapesa junto con su mujer Pilar Lago, en su despacho. Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.

EL CENTENARIO DE DON RAFAEL LAPESA: UN RECUERDO DOLORIDO POR SU AUSENCIA

Historia de la Lengua que dirigía Américo Castro pero impartiendo diversas asignaturas. Entre los filólogos, allí estaban, además del propio don Ramón que daba

[...] estar entre filólogos le proporcionó una experiencia humana y profesional rica y variada [...]

profundo sentido de la responsabilidad moral y del respeto a los demás, serían los ejes de su conducta como persona y de su magisterio docente.

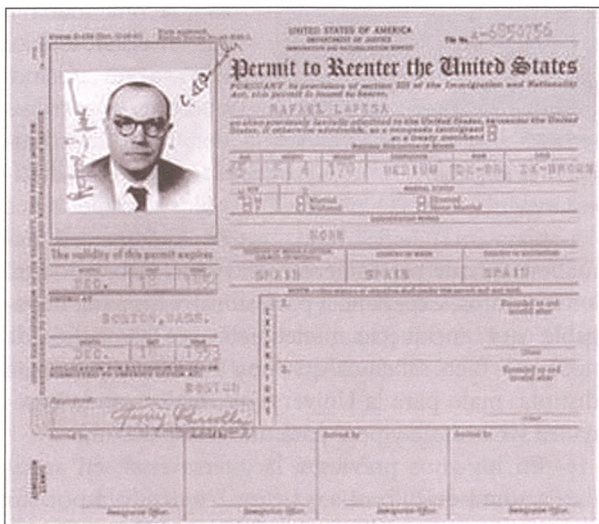
La guerra civil arrastró con el viento furioso del odio y del enfrentamiento aquel edificio intelectual y científico, forjado entre dificultades, que había llegado a ser una Institución científica moderna capaz de igualarse, por primera en la historia española, a otras instituciones extranjeras semejantes. No sólo las ciencias humanas, cultivadas en el Centro de Estudios Históricos, alcanzaron un altísimo nivel, también la medicina y las ciencias experimentales, impulsadas por el magisterio de Ramón y Cajal, recibieron, gracias a la Junta de Ampliación de Estudios, un impulso modernizador desconocido en España. Todo aquel movimiento fue la plasmación en programas de investigación concretos de las ideas renovadoras que fueron madurando desde la Institución Libre de Enseñanza y que alcanzaron su máximo esplendor en los años de la República. Mucho más joven que sus impulsores,

sus clases en el Centro de Estudios Históricos y no en la nueva Facultad inaugurada en 1933, y Castro, filólogos como Navarro Tomás, Gili y Gaya, Fernández Ramírez, etc. Todo ello proporcionó a Lapesa una experiencia humana y profesional rica y variada, que, junto a su pro-

Lapesa fue también un hijo de aquel movimiento y aunque su ideología no coincidiera exactamente con la de los institucionistas, sí participó de su espíritu y de su ética cívica. Los miembros del Centro de Estudios Históricos se dispersaron. Américo Castro, que volvía a España desde París, no quiso traspasar la frontera tras la rebelión militar y se quedó inicialmente en Hendaya. Por cierto que esto dio lugar a un fuerte enfrentamiento con otros miembros del Centro, como Tomás Navarro Tomás, que sí se comprometieron a defender la República desde dentro de España. El Gobierno otorgó un pasaporte especial a Menéndez Pidal para que éste pudiera seguir sus investigaciones en el extranjero. La Facultad de Filosofía y Letras quedó convertida en primera línea del frente (todavía se conservan libros de su biblioteca, utilizados como defensas en las trincheras, agujereados a balazos) y el Centro de Estudios Históricos casi abandonado (Lapesa fue el único filólogo que quedó al cuidado de sus tesoros documentales y de los papeles de trabajo). Movilizado, no llegó a

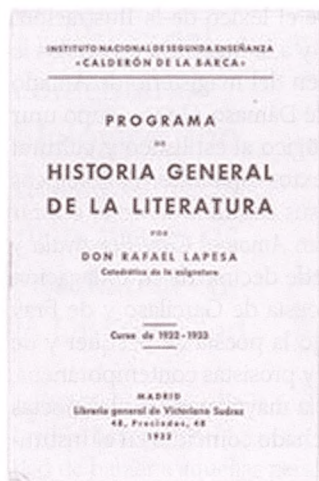
[...] su profundo sentido de la responsabilidad moral y del respeto a los demás han sido los ejes de su conducta como persona y de su magisterio docente [...]

ir al frente por sus dificultades dinámicas, pero quedó destinado al Centro, donde llevó los documentos más valiosos al sótano para que no fueran destruidos por los terribles bombardeos que sufría la capital. A pesar de todas estas dificultades, Navarro Tomás desde Valencia, adonde se había retirado el gobierno republicano, y Lapesa desde Madrid continuaban publicando los trabajos y las revistas (Emérita, Revista de Filología Española, Revista de Archivos y Bibliotecas, etc.) que las dificultades les permitían. Aquellos hombres del Centro, y Lapesa con ellos, creían de verdad que el futuro de España estaba en la ciencia y en la cultura. Jamás renunciaron a trabajar en ello, como tampoco a cumplir sus obligaciones ciudadanas. Hay, además, una noticia que revela la entereza moral de Lapesa en aquellas terribles circunstancias. En una carta a Menéndez Pidal le cuenta que en mayo de 1938 se habían aliviado algo los bombardeos sobre Madrid y el Gobierno decidió abrir los Institutos. A su trabajo con los alumnos de bachillerato, treinta horas semanales, se dedicó con entusiasmo. El excesivo número de estudiantes que había de atender (él habla de trescientos) no impidió nunca la corrección de ejercicios y de exámenes que él devolvía pulcra-



Permiso de entrada en Estados Unidos de Rafael Lapesa.
Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.

EL CENTENARIO DE DON RAFAEL LAPESA: UN RECUERDO DOLORIDO POR SU AUSENCIA



Programa de Historia General de la Literatura, por Rafael Lapesa. Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.

mente anotados, como fue norma suya durante todo su ejercicio profesoral. Movilizado por segunda vez en 1938, fue destinado a enseñar a leer a los soldados republicanos analfabetos, lo que constituyó, con palabras suyas, “una experiencia humana inolvidable”. Al mismo tiempo, Navarro Tomás le pidió que elaborara una breve historia de la lengua española para instrucción de soldados y estu-

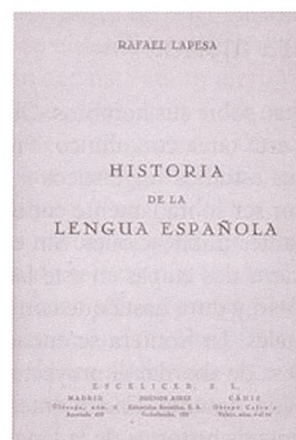
diantes. El patriotismo de aquellos hombres era de esta naturaleza y se basaba en la vieja utopía de la redención por la cultura de las clases humildes. Lapesa se puso a la tarea y le cuenta en otra carta a Menéndez Pidal que está elaborando un plan para escribirla. Así lo cumplió, y escribió una especie de cartilla en la que, de manera muy resumida, se describía a grandes rasgos el origen y el desarrollo del español. De este modo surgió el embrión de lo que habría de ser ya una Historia de la Lengua Española, con fines todavía divulgativos, en su edición de 1942.

[...] Navarro Tomás le pidió que elaborara una breve historia de la lengua española para instrucción de soldados y estudiantes [...]

diantes. El patriotismo de aquellos hombres era de esta naturaleza y se basaba en la vieja utopía de la redención por la cultura de las clases humildes. Lapesa se puso a la tarea y le cuenta en otra carta a Menéndez Pidal que está elaborando un plan para escribirla. Así lo cumplió, y escribió una especie de cartilla en la que, de manera muy resumida, se describía a grandes rasgos el origen y el desarrollo del español. De este modo surgió el embrión de lo que habría de ser ya una Historia de la Lengua Española, con fines todavía divulgativos, en su edición de 1942.

los viejos rescoldos del Centro de Estudios Históricos, ya que éste había sido suprimido y sus fondos documentales absorbidos por el nuevo Consejo Superior de Investigaciones Científicas. El regreso a España de Menéndez Pidal no significó cambio alguno en esta nueva situación ya que se negó a aceptar un cargo subalterno en el nuevo Consejo y se retiró a su casa de Chamartín para proseguir sus trabajos personales. Américo Castro se había quedado en América, entregado asu nuevo proyecto de interpretar y explicar la historia de España. Los demás miembros del grupo se habían exiliado o no habían regresado (Amado Alonso, Navarro Tomás, García Solalinde, Montesinos, etc.). Sólo Dámaso Alonso pudo incorporarse, no sin dificultades políticas, a su cátedra en Valencia y después a la de Filología Románica en Madrid. Lapesa se encontró con el dilema de opositar a la cátedra de

[...] de este modo surgió el embrión de lo que habría de ser su Historia de la Lengua Española [...]



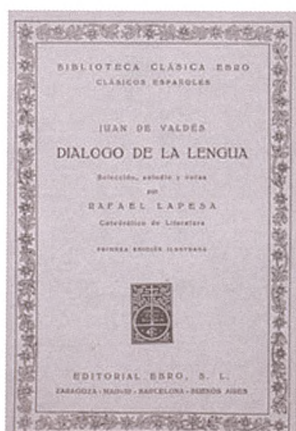
Fotografía junto a A. Alonso, P. Salinas y T. Navarro Tomás. Colección particular.

EL CENTENARIO DE DON RAFAEL LAPESA: UN RECUERDO DOLORIDO POR SU AUSENCIA

Historia de la Lengua que había desempeñado Américo Castro, y que había sido declarada vacante, por escrúpulos éticos. Fue el mismo Castro quien tuvo que convencerlo con un llamamiento a su responsabilidad,

Nada referente a la lengua y a la literatura españolas le era ajeno.

como miembro más joven del Centro, para intentar reconstruir la escuela de filología creada. Lapesa nos ha contado con palabras conmovedoras cómo aquella responsabilidad, compartida con Dámaso Alonso, le pesó sobre sus hombros. Obtenida la cátedra, se dedicó a esta tarea con ahínco. Pronto fructificó su esfuerzo. Sus estudios lingüísticos y literarios, que no cito aquí por ser sobradamente conocidos, dieron lugar a abundantes publicaciones. Sin embargo, creo que se deben trazar dos etapas en este largo periodo que arranca en 1946 y dura hasta que conservó sus facultades intelectuales. La frontera se encuentra en la decisión de Lapesa de abordar el proyecto, que ya le había encomendado Américo Castro antes de la guerra civil, de una sintaxis histórica de la lengua española. Aunque desde unos años antes venía explicando sintaxis histórica en sus clases de la Universidad, no fue hasta comienzos de la década de los sesenta cuando comenzó a publicar la serie de artículos que habrían de constituir un libro que él no llegó nunca a culminar, pero que publicarían dos de sus discípulos más directos: María Teresa Echenique y Rafael Cano: los dos volúmenes de *Estudios de morfosintaxis histórica del español*. En 1952 Lapesa



fue nombrado miembro de la Real Academia, a la que dedicaría, hasta casi el final de su vida, un intenso trabajo en el Seminario de Lexicografía. El objetivo principal era la elaboración del Diccionario Histórico del que, a diferencia de las principales lenguas de cultura, carecía —y continúa careciendo— el español. A esta tarea dedicó Lapesa miles de horas. Se trataba de una empresa colosal para lo que hubiera necesitado de otros medios de los que la Academia carecía entonces, y que significó una de sus grandes frustraciones. Mientras, su obra personal seguía creciendo en número, variedad y riqueza. Su labor como lexicógrafo se proyectó en innumerables trabajos en los que brilla tanto el riguroso rastreo de materiales como el brillante análisis semántico. Sirvan como

ejemplo sus estudios sobre el léxico de la Ilustración. Nada referente a la lengua y a la literatura españolas le era ajeno. Heredero también del magisterio de Amado Alonso y amigo fraternal de Dámaso Alonso, supo unir el análisis puramente filológico al estilístico y cultural en sus estudios sobre los textos españoles. Antológicos son, entre otros muchos, sus estudios sobre el *Cantar de Mio Cid*, el *Libro de Buen Amor*, el *Canciller Ayala* y la *Celestina*. Lo mismo puede decirse de su indagación semántica en torno a la poesía de Garcilaso y de Fray Luis, pero también le atrajo la poesía de Bécquer y de Rosalía, como la de poetas y prosistas contemporáneos. Conoció personalmente a la mayor parte de los poetas de su generación. Con Machado coincidió en el Instituto Calderón de la Barca y a su poesía dedicó algunas de más sugestivas páginas de crítica literaria, como las que surgieron en torno a la poesía de Juan Ramón, de Salinas, de Guillén y de tantos otros. Siempre concibió

Siempre concibió
complementarios
los estudios
de lengua y de
literatura [...]

complementarios los estudios de lengua y de literatura. Se concepto de la filología no era meramente positivista; siempre creyó que el fin último del estudio filológico era desentrañar la lengua de los textos para penetrar más profundamente en su sentido último. Participó plenamente de una concepción humanista de la indagación filológica. “Humano maestro de humanidades” llamó a Dámaso Alonso, con una calificación que podría aplicarse a él mismo. Lo escribió de manera muy clara: “no creo en las humanidades deshumanizadas”. Por eso incorporó con prudencia los nuevos métodos que el formalismo lingüístico estructural aportó al estudio filológico, aprovechando aquellos aspectos que iluminaban sectores oscuros de la historia lingüística.

[...] incorporó
con prudencia los
nuevos métodos
que el formalismo
lingüístico
estructural
aportó al estudio
filológico [...]

Lapesa no mezcló jamás la enseñanza con intereses ideológicos, políticos o religiosos, de ningún tipo. Liberal en el más noble sentido de la palabra que él mismo analizó en uno de sus más conocidos estudios lexicográficos, fue respetuoso con las ideas de los demás. Ello no impidió que fuera siempre algo sospechoso para el régimen dictatorial. Contaré dos anécdotas. Una data de 1966; la otra es poco posterior. Estando en Cuenca como catedrático del Instituto Alfonso VIII, lo invitamos a él y a Julián Marías para que pronunciaran

EL CENTENARIO DE DON RAFAEL LAPESA: UN RECUERDO DOLORIDO POR SU AUSENCIA

[...] hizo del comentario filológico uno de los medios principales de enseñanza en la Universidad.

sendas conferencias en la Casa de la Cultura de aquella ciudad como labor de extensión cultural del Instituto. Lapesa habló de la Celestina; el éxito fue clamoroso entre el numeroso público que se había congregado en el Salón de Actos. Al año siguiente intentamos repetir la programación; nos encontramos con la afectuosa negativa del director de la Casa de la Cultura porque el Gobernador civil le había dicho “que no había que dar la oportunidad de hablar a aquellas personas”. La segunda se refiere a la conferencia que Lapesa iba a pronunciar, organizada por Xavier Zubiri, sobre “Los determinativos en español”. Aparecieron dos policías con la orden de la Dirección General de Seguridad para que se suspendiera el acto. Tras múltiples llamadas, intentando aclarar que “los determinativos” eran el artículo gramatical y demás actualizadores del español, la conferencia se pronunció con hora y media de retraso; eso sí, con la presencia de los dos aburridos policías, por si alguna forma del artículo indefinido pudiera resultar gravemente peligrosa para el régimen imperante. Entre la irritación de los asistentes, Lapesa dio su impecable conferencia gramatical.

La ingente labor investigadora que Lapesa desarrolló a partir de 1960 no lo alejó de su dedicación a la enseñanza. En 1963, con ocasión de una levisima apertura del régimen dictatorial cuando Ruiz Jiménez fue ministro de Educación, formó parte de una Comisión que viajó a Francia para estudiar los métodos de enseñanza de la lengua y de la literatura por medio del comentario de textos. Sus resultados fueron fructíferos; pronto se incorporaron a la enseñanza en el Bachillerato, transformando una tradición didáctica basada exclusivamente en el aprendizaje de fechas, vidas de autores y títulos de obras. Él mismo hizo del comentario filológico uno de los medios

principales de enseñanza en la Universidad. Cientos de estudiantes aprendimos de él a buscar en los textos no ya sólo las formas que localizan cronológicamente un texto, sino el valor significativo que se les podía atribuir y, más aún, el sentido que el texto alcanzaba en relación con el tiempo histórico en que nacieron y la experiencia humana que contienen. También la enseñanza de la lengua y de la literatura en bachillerato le debe mucho a Rafael Lapesa, que contó aquí con la ayuda inestimable de Dámaso Alonso y de los discípulos de éste. Lástima que algunos pocos no hayan entendido todavía que un comentario de textos no consiste en un mero recuento de formas lingüísticas, sino en la búsqueda del sentido del texto y, en definitiva, en el hallazgo de las verdades humanas que permanecen escondidas para una lectura superficial.

Como se ha dicho más arriba, Lapesa echó sobre sus hombros la difícil tarea de reconstruir la escuela de filología española. No lo hizo sólo (jóvenes y brillantes filólogos surgieron en seguida), pero sí principalmente. Por eso es uno de los pocos que ha conseguido crear una escuela propia. Quizás sin el brillo

de antaño, centrado en un grupo escaso de personas de altísima capacidad intelectual, la filología española actual está en uno de sus mejores momentos. La comunidad científica internacional ha reconocido en Rafael Lapesa a un maestro excepcional. Ha recibido los más altos premios científicos, pero nunca la vanidad alteró su conducta mesurada y prudente. Jamás fue adulator y siempre rechazó el halago.



Entrega del Premio Príncipe de Asturias.
Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.

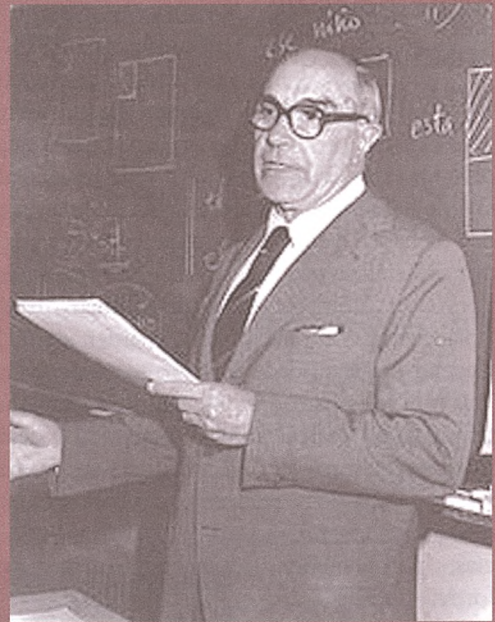
Bien lo saben algunos que lo intentaron y recibieron el más completo de los rechazos. Si la discreción, como dijo Cervantes, es la virtud más admirable del hombre, Lapesa fue ante todo un hombre discreto. Si a ello se añade una ética límpida, sin penumbras, su conducta humana es ejemplo de vida. Fue ante todo profesor y siempre tuvo conciencia de que ésta era su primera obligación, convertida en devoción por su afectuosa cercanía a los discípulos. “Me he divertido y ¡encima me han pagado...!” decía con irónica com-

placencia. Recibió muchas satisfacciones en vida pero también supo encajar con admirable coraje los golpes con que la fortuna a veces nos obsequia. El fallecimiento de su esposa, su amada Pilar, ensombreció con la amargura por su ausencia no pocos años finales de Lapesa. Tampoco le faltó la herida de algún agudo puñal

[...] ha suscitado en muchos jóvenes españoles el amor y el entusiasmo por los textos literarios [...]

reza uno de sus últimos manuscritos que se conserva en la Biblioteca Valenciana de Filología, "en haber suscitado en muchos jóvenes españoles el amor y el entusiasmo por los textos literarios". ■

con que la vida académica intentó dejar clavada su sempiterna envidia. Nada consiguieron los que intentaron ofenderlo. Al contrario, engrandecieron su figura. Ahí están los resultados. Es, con Menéndez Pidal, uno de los más grandes filólogos españoles del siglo XX, pero él cifraba su mayor orgullo, como



Rafael Lapesa dando clase en la Universidad Internacional "Menéndez Pelayo", de Santander. Biblioteca Valenciana. Archivo Rafael Lapesa.

